

## Conversar con el pasado

### *Las cosas que ya no están*

TATIANA TORRES ÁLVAREZ

(“TATEE”)

Cohete Cómics, Bogotá, 2022, 196 pp.

COMO EN el relato “Guiando la hiedra”, de la argentina Hebe Uhart, Tatiana Torres Álvarez (“Tatee”) camina el pensamiento para entender qué pasa con los que se van. Si Uhart cavila mientras riega y trasplanta las matas, la protagonista de *Las cosas que ya no están* lo hace con las asociaciones que afloran durante sus desplazamientos cotidianos en TransMilenio. Tomando en préstamo pasajes de sus escritoras predilectas, Tatee evoca algo que fue y ya no es. En su ópera prima prefiere quedarse con las palabras que más comunican porque, como lo escribe Idea Vilariño: “Inútil decir más. / Nombrar alcanza”.

Con su alforja de recuerdos a cuestas, la protagonista recorre Bogotá. Mira su pasado con el prisma del presente para entender la ausencia de un amor. Las aceras por donde camina, los libros que lee y las cosas que la rodean evocan un ayer que “no se acaba nunca”, como lo anuncia el epígrafe del dramaturgo Enrique Vargas. Acompañada de películas, libros y obras de teatro, ella rumia esa grieta que dejan los ausentes, esa oquedad en la mitad del pecho, ese vacío irreparable. En el trayecto del trabajo hacia su casa, va recogiendo los fragmentos dispersos de lo que fue un noviazgo y de lo que ya no será. El tiempo presente se criba en el pasado.

En el espacio de las páginas discurren dos líneas narrativas que se entrelazan en una paleta de colores azules grisáceos. Por un lado, el presente transcurre en medio del tráfico ciudadano, donde el apiñamiento se convierte en protagonista de las viñetas. Por el otro, el pasado acontece en lugares cerrados, mucho más cálidos, pero no por ello carentes de tensión dramática. Con lápices, carboncillos y acrílicos se diluyen los recuerdos y se unen los pedazos de una relación fallida. La elección cromática de esta novela gráfica refleja con fidelidad el contenido de la historia, y el ritmo pausado da lugar a la introspección.

Un bus de TransMilenio articula el presente y el pasado. Dicho recurso gráfico es un paréntesis de silencio para enmarcar la nostalgia que embarca a la protagonista, pero su uso también pone de relieve la especificidad del lenguaje del cómic. Estos silencios dibujados son tan expresivos como la letra de la canción “Ansiedad”, de Nat King Cole, que aparece al final del libro. Nos obligan a hacer una pausa y a conectarnos con el lenguaje no verbal. En la ruta K6 de TransMilenio se pasa del amor al desamor, de los más profundos afectos al dolor de la separación. En la K6 anida la memoria de la protagonista para recordarle cada tanto lo que fue y pudo ser, porque el duelo toma tiempo y está habitado de luto por lo perdido.

Desde las primeras páginas de *Las cosas que ya no están*, Bogotá ocupa un lugar preponderante. Entre La Candelaria y el portal El Dorado, observamos fachadas, calles, edificios y vehículos que les dan rostro a esos espacios por donde el amor pasó. En unos casos, Tatee lateraliza el recurso del paisaje, pero, sin lugar a dudas, explota el peso visual de La Candelaria por la exigencia del desarrollo narrativo. El recorrido por el centro de la ciudad evoca las fotos antiguas de Bogotá en la elección cromática del libro. Aunque hay un sinnúmero de obras literarias, periodísticas, cinematográficas e historietísticas que ofrecen perspectivas de la capital, en el cómic esta se dibuja como una memoria, porque el recorrido gráfico de la urbe se fundamenta en una vivencia personal. Se transita no con la racionalidad de la cuadrícula arquitectónica, sino desde los sentimientos y las añoranzas.

De manera sutil, la protagonista hurga en los motivos que dieron fin a su amor, en el lado oscuro que la aqueja. Para afrontar esta tensión, la elocuencia y la belleza del dibujo amortiguan la herida que provoca la afeción mental de su pareja. Sin tapujos, vemos los altos y bajos que un trastorno afectivo bipolar ocasiona en un noviazgo, así como los conflictos interiores que asaltan a la protagonista: ella contra la enfermedad mental de su novio, ella contra los malos pensamientos, ella contra sí misma. Destruída por dentro, prefiere aparentar ante sus allegados un bienestar inexistente, pero la voz

del silencio grita más fuerte que las palabras. Este abordaje de la salud mental en la narrativa gráfica no es reciente; por el contrario, *Las cosas que ya no están* se suma a una larga lista de novelas gráficas donde el tema clínico y la mirada personal tienen predominancia, aunque en la obra de Tatee no interesa tanto profundizar sobre la enfermedad mental y sus particularidades, sino más bien exteriorizar los sentimientos que esta suscita.

La protagonista no tiene otra manera de aceptar la separación que con los recuerdos, recreando los momentos vividos para empezar a olvidar porque, como lo señala con brillantez el epígrafe de Enrique Vargas, “no sirve solo recordar, sino también olvidar”. A medida que el bus de TransMilenio se acerca a la última parada del trayecto, la protagonista opta por hacer las paces con su pasado y, simbólicamente, deja ir a su pareja en la puerta, pues, así nos resistamos a aceptarlo, el amor también se acaba. Del mismo modo en que al comienzo del libro hay una fuerte alusión a la memoria histórica como acto político y de resistencia, con el guiño a la obra *Si el río hablara*, del Teatro La Candelaria, en *Las cosas que ya no están* se mira y escudriña la memoria individual.

Más que una historia aristotélica –con el arco triádico de inicio, nudo y desenlace–, este cómic es un poema porque se enfrenta a la exigencia de representar los sentimientos. La dibujante quiere darles una forma, un color y una textura; medita y camina en torno a ellos. ¿De qué color es la nostalgia? ¿Cuál es la forma de la tristeza? ¿Cómo se dibuja la ausencia? Tatee sugiere las respuestas en su ópera prima. Al igual que Idea Vilariño, ella lo hace en silencio, asumiendo la vida.

**Diana Gil Guzmán**